

“¿Sabeis lo que irritó y separó mas á la Francia de la Inglaterra en la última república? Pues fué la guerra civil reconocida, pagada y escitada por Mr. Pitt en una parte de nuestro territorio. Sus auxilios y sus armas dadas á franceses tan heróicos en la Vendé, como vosotros, pero á franceses que combatian á otros franceses, no era una guerra leal, era la propaganda realista hecha contra la república con sangre francesa. Esta conducta no se ha borrado aún, á pesar de nuestros esfuerzos, de la memoria de la Francia. Pues bien, nosotros no renovaremos jamas este motivo de resentimiento entre la Gran-Bretaña y la Francia, imitando á aquella; antes bien recibiremos con reconocimiento los testimonios de amistad de las diferentes nacionalidades que forman el Reino-Unido. Nuestros votos son por que la justicia cimente y estreche la unidad de los pueblos, para que la igualdad sea cada vez mas su base, pero proclamando con vosotros, con ella y con todos el santo dogma de la fraternidad, no ejecutaremos mas que actos fraternales, como nuestros sentimientos.”

La inmensa multitud que rodeaba á los irlandeses acogió estas palabras con gritos de *viva la república!* *¡Viva Lamartine!* Estas aclamaciones hicieron comprender á los irlandeses que la negativa del ministro, motivada en tales términos, era mas popular que su misma causa, y no insistieron en sus pretensiones, aparentando contentarse con estas palabras. Sus gefes fueron convidados como particulares para una comida al dia siguiente en casa de Lamartine, y en ella no profirieron ni una sola palabra sobre la sesion de la víspera.



LIBRO DECIMOTERCERO.

I.

ENTRE tanto el manifiesto de la Francia á los pueblos y á los gobiernos extranjeros daba sus resultados en el continente. Tranquilizados los pueblos sobre la ambicion de la república, se dejaban ir por la pendiente natural de su inclinacion hácia la libertad. La influencia de la revolucion de Paris, interpretada de esta suerte,

conmovia al mundo mas que los cañones de Marengo ó de Austerlitz.

Esta influencia pacífica, y mas inesperada, se hizo sentir en Viena el 14 de Marzo. El príncipe de Metternich, cuyo gobierno hacia mucho tiempo que no era mas que una adulacion complaciente á las voluntades de la nobleza y á las supersticiones de tres mugeres que rodeaban á un emperador enteramente niño, fué sorprendido por los acontecimientos. Una conmocion imprevista é irresistible arrolló al sacerdocio, á la corte, á la aristocracia y al gobierno. La familia imperial abandonó á Viena á la revolucion, y el emperador se refugió en el Tyrol.

Berlin secundó á Viena el 18 de Marzo. El primer día de movimiento, el rey, puesto á la cabeza de las tropas, lo resistió y triunfó. Admirado de su victoria, pero ofreciéndole menos dificultades el vencer que el gobernar, rindió la espada al pueblo vencido. Los polacos, que habian salido de las prisiones de Berlin, se hallaron el 20 de Marzo dueños de la monarquía, y querían llevar al pueblo la república. El rey, aconsejado por el único ministro que conservó su sangre fria, evitó este movimiento con una adulacion maquiavélica al genio alemán. Ambicioso por fuerza, este ministro hizo de pronto adoptar al rey los colores de la unidad alemana, pasion de los pueblos secundarios de la Alemania. Federico Guillermo reconquistó así la popularidad revolucionaria de la Alemania en el mismo momento en que estaba á riesgo de perder su corona.

II.

Algunos dias despues agitó á Viena otro movimiento revolucionario mas democrático aún que el primero, ejecutado por los polacos, en union con los estudiantes. El grito de esta tercera revolucion era la república. Ella hizo pedazos la constitucion otorgada por el emperador el 16 de Marzo, y convocó una asamblea constituyente elegida por el sufragio universal. La Hungría, nacion de veinte millones de hombres, á quienes pesaba el yugo austriaco, se aprovechó de la revolucion de Viena para intentar su emancipacion y constituirse en gobierno independiente. Esta emancipacion, complicada con una guerra civil de razas entre los croatas y los húngaros, sublevó á las poblaciones que tenían armas. Arrollada tan pronto la Hungría como amenazadora contra el Austria, esta guerra tiene aun suspensa en este momento la suerte de la independencia húngara y de la revolucion austriaca.

Mas allá de los Alpes, la Lombardia conoció que habia llegado la hora de su independencia, dado primero en Paris y repetido despues en Viena el 14 de Marzo. El 20 del mismo mes se sublevó su capital, Milan; y echó á los austriacos de sus muros.

Venecia la imitó, y templado en la servidumbre, este pueblo recobró su heroísmo, enmuellecido en su antigua prosperidad.

A principios de Abril los ducados de Parma y de Módena espulsaron á sus gobiernos, que no eran mas que unos vireinatos del Austria. Estos

ducados proclamaron provisionalmente la república, esperando á que la suerte de las armas decidiese de la unidad de la Italia Septentrional.

En la Toscana, un príncipe popular y liberal se anticipó á los deseos del pueblo, dándole una constitucion.

Roma, iniciada en la libertad é impelida á la independenciam por un pontífice mas temerario que político, se conmovia con impaciencia, alternativa ó sucesivamente agitada y retenida por él.

Nápoles habia arrancado una constitucion á su rey. El ejército continuaba siéndole fiel, y bajo su mando combatió las tentativas republicanas. La Sicilia proclamó su independenciam y vertió su sangre para sellarla con ella.

En fin, el rey de Cerdeña, Carlos Alberto, imitando al rey de Prusia, enarboló á la cabeza de cien mil hombres la bandera de la independenciam de la Italia; y aunque aliado solidario, casi vasallo de la política austriaca, se aprovechó de los reveses del Austria para marchar sobre la Lombardia. Arrastrado por su antigua ambicion, impulsado por su pueblo, retenido por sus principios anti-liberales, vituperado por su mismo corazon y por su clero, aplaudido y amenazado por los republicanos, Carlos Alberto se precipitó al fin sin prevision y sin lógica en un abismo de inconsecuencias, de faltas y de dificultades. Creyó librarse de la república por medio de las conquistas, y solo halló la ruina de su país y el destierro para sí. Buen soldado, mal gefe, hombre inconsecuente, príncipe tan pronto revolucionario como perseguidor, habia nacido para ser un instrumento pasivo y desgraciado de los partidos dominantes. Con heroismo

personal rescató las imperfecciones de su inteligencia y de su carácter. La historia le compadecerá y le honrará.

III.

Cada uno de estos acontecimientos, agrupados así, y llegando la noticia de ellos una tras otra á Paris, tenian por eco una inmensa aclamacion de alegría. El mayor peligro de la república era el temor de una coalicion contra ella. El miedo es cruel: él es quien hace gritar *traicion*; él quien levanta los cadalsos, quien motiva las dictaduras, quien da el gobierno á los partidos estremos. Larartine temia mas que nada estos pánicos de coalicion que podian apoderarse de la Francia é impulsarla á las convulsiones y al derramamiento de sangre. Las divisiones sucesivas de la Europa, los destronamientos, las emancipaciones de los pueblos que habia predicho, venian cada semana á dar nueva fuerza á un sistema pacífico. El horizonte se aclaraba por todas partes. La democracia fraternizaba desde el Danubio al Tíber, é inspirando confianza en Paris al espíritu público, desterraba el miedo de los corazones mas recelosos y quitaba todo pretesto de agresion á los partidarios mas desenfrenados de ella que rodeaban al gobierno. Los clubs mismos proclamaban los beneficios de la paz, mientras que los agentes confidentiales que el ministro de negocios estrangeros habia enviado á todas las capitales de Europa, le anunciaban todos los correos el triunfo popular de su diplomacia inofensiva para las naciones, irreprochable para con los gobiernos y omnipotente por los resultados.

Aun en el seno mismo del gobierno habia cesado toda discusion sobre los negocios estrangeros. El ministro dirigia por sí solo los destinos de nuestra politica. La fortuna le daba la razon, y no entraba en el consejo de ministros sino para hacer augurios favorables ó darle la noticia de nuevos triunfos de la república. Sus colegas se felicitaban con él de este giro de los negocios, y las tristes preocupaciones del interior se disiparon algunos momentos en sus corazones ante las perspectivas tranquilizadoras del exterior. La Europa se desplomaba bajo el peso de la república de Paris, porque la república habia tenido la sabiduria de no violentar á la Europa.

Al ministro no se ocultaba que, despues de este movimiento de descomposicion, la Europa tendria otro movimiento de reconstitucion violenta del antiguo orden monárquico. No creia ni deseaba que los pueblos, poco dispuestos para la república, pasasen de un salto á ella. Bastaba á la Francia que el espíritu de los pueblos que la rodeaban se introdujese por medio de instituciones constitucionales en su propio gobierno, como elemento de fraternidad, de solidaridad y de paz con la Francia. Tal era el verdadero pensamiento del ministro.

IV.

Todos sus agentes en el exterior, sin escepcion alguna, tenian tambien instrucciones formales de no entrar en ninguna trama contra los gobiernos, de no mezclarse en ninguna manobra republicana, ni impulsar á ningun pueblo á

la insurreccion, ni á ningun príncipe á la guerra. No queria comprometer á la república por la mas pequeña complicidad moral en causas ó fortunas que tal vez tuviera que abandonar mas tarde. En este punto llevaba sus escrúpulos hasta el extremo de negarse á manifestar sus intenciones por ningun signo de aprobacion ó vituperio. Así es que, cuando el rey Cárlos Alberto le hizo notificar su declaracion de guerra al Austria, le fué imposible al embajador de este soberano, el marques de Brignole, á quien Lamartine veia todos los días, saber si el gobierno frances aprobaba ó desaprobaba aquella declaracion de guerra. Aprobarla, era contraer el compromiso tácito de seguir sus eventualidades y de hacer una guerra indirecta al Austria. Desaprobarla, era desanimar las tentativas de la Italia para hacerse por sí sola independiente. El gobierno guardó, pues, silencio, limitándose á apresurar la formacion del ejército de los Alpes, al que debia hacerlos pasar, tuviese ó no buen éxito la guerra del Piamonte al Austria, para obrar ó para negociar con las armas en la mano.

Este plan, que reasumia toda la politica de Lamartine en Italia, ha sido destruido despues de los acontecimientos de Junio, por el gobierno que le sucedió. El ex-ministro no conoce ni las necesidades ni los motivos que para ello tuvo el segundo gobierno de la república, y por lo tanto no juzga, sino cuenta.

V.

En cuanto á la Alemania, el gobierno provisional no tenia mas que un plan: una respetuo-

sa y benévola neutralidad para con todas las potencias germánicas; reconquistar á toda costa la amistad de la Alemania por la abnegacion de toda conquista y de toda intervencion en sus negocios, y un ejército de doscientos mil hombres para cubrir el Rhin en seis semanas y atravesarle como auxiliar desinteresado del pueblo alemán, si la Alemania le llamaba contra una opresion estrangera.

Toda la política francesa, alemana, húngara y polaca consistia en lo dicho. Nada ha cambiado en este punto; pero hemos perdido la ocasion de una liga italiana: la mediacion no podia tener efecto sino despues de un revés de las armas italianas. Por lo demas, la democracia francesa no debe acusar á nadie mas que á sí misma, de que abortase el pensamiento del gobierno provisional sobre la Italia. Las sublevaciones demagógicas y sociales de Junio fueron sin duda las que hicieron retener en el interior al ejército de los Alpes bajo el gobierno del general Cavaignac, y las que originaron como una consecuencia fatal la odiosa guerra de la Francia contra Roma. Pero la Francia y la Italia, ligadas por tantos vínculos, no se dejarán desunir por la mala inteligencia de sus gobiernos. Ambas tienen por tratados á la naturaleza.

VL

Tal era la situacion exterior de la Francia á principios de Abril. La Inglaterra, atraida por la prudente moderacion del gobierno á buenos sentimientos, al respeto y á la admiracion de una democracia que contenia á la vez á la anarquía

y á la guerra, no tenia ningun pretexto de acritud ó de hostilidad. La nueva república francesa era popular en Lóndres.

Un solo hombre la calumniaba con sus palabras y escritos en toda la Gran-Bretaña. Este hombre era lord Brougham, espíritu eminente, pero caprichoso y discolo. Escritor universal, pero superficial; orador de vena, pero no de genio; advenedizo el mismo de la democracia, lord Brougham afectaba representar el papel póstumo de *Burke* contra una república cuyas manos no estaban manchadas con la sangre de una reina, ni aun con la de un solo ciudadano. Sus diatribas merian de inanicion y de impotencia, y sus sarcasmos recaian sobre él, porque lord Brougham, á imitacion de Anacharsis Klootz, habia solicitado del gobierno provisional el título de ciudadano de la república.

El parlamento y lord Palmerston se mostraban penetrados del sentimiento de la inviolabilidad de los pueblos en sus trasformaciones interiores. Ellos, como lord Normanby, embajador de Inglaterra en Paris, demostraron menos susceptibilidad política sobre algunos actos y algunas palabras de la república que la que quizá habrian demostrado con un gobierno monárquico bien añañado. Conociase que todos se hacian cargo de las difíciles circunstancias en que se hallaba la república y con que luchaba el gobierno provisional para conservar la paz. Considerando y concediendo tiempo al establecimiento y á la caracterizacion de la política francesa, el gobierno de lord Palmerston mereció bien de la humanidad. La democracia es recelosa, y Lamartine tuvo no pocas dificultades pa-

ra hacer desaparecer los restos de antiguas preocupaciones anti-británicas. Una impaciencia de lord Palmerston lo habría comprometido todo. Este es el periodo de su vida política en que se mostró mas grande hombre de Estado, porque fué mas paciente y mas filósofo.

VII.

La sublevacion de la Lombardia y las primeras ventajas obtenidas por Carlos Alberto; las agitaciones de la Bohemia; la independenciam de la Hungría; la convocacion de la dieta de Francfort para constituir en confederacion germánica el principio metafísico de la unidad alemana, habian desmembrado y desconcertado de tal manera al Austria, que se habia visto en la necesidad de hacer oficiosamente á la Inglaterra y á la Francia las primeras indicaciones de concesiones en Italia, capaces de satisfacer á la vez á aquellas naciones, á la Cerdeña y á la independenciam del Norte de Italia.

Un hombre de Estado mal informado, monsieur Thiers, desnaturalizando mas tarde en la tribuna la política estrangera del gobierno provisional, ha dicho que el gobierno se habia desentendido de estas proposiciones. Es cabalmente lo contrario. Lamartine estaba demasiado interesado por la paz y por la Italia para desechar proposiciones que aseguraban suficientemente su paz y su independenciam. Los enviados del Austria le hacian oficiosamente juez de los ofrecimientos que el gabinete del emperador estaba dispuesto á hacer á la Cerdeña. Se trataba del abandono de la Lombardia

y de los ducados de Parma, y de dar una constitucion á Venecia bajo el vireinato independiente de un príncipe de la casa de Austria. Lamartine no dudó en reconocer que estas proposiciones satisfarian ampliamente las legítimas ambiciones de emancipacion de la Italia, y en animar al gabinete austriaco á negociar sobre estas bases. Dos veces se le hicieron semi-oficialmente estas indicaciones, y en ellas tuvo el mismo lenguaje. El ministro de negocios estrangeros no hubiera sido ni hombre de estado ni buen patriota si las hubiera desechado; porque la conclusion de semejante arreglo permitia á la república rectificar una de sus fronteras, reducida despues de los cien dias por el segundo tratado de 1815, que era uno de sus pensamientos.

VIII.

En el interior, tranquila la Francia, solo pensaba en las próximas elecciones generales, acordando sus candidaturas sin prevencion y sin exclusiones. Solo las calles de Paris estaban agitadas. Un pueblo resignado, pero ocioso, de doscientas ó trescientas mil almas, esperaba la decision de su suerte de la asamblea nacional. No se creia constituida definitivamente la república hasta que fuese adoptada por la representacion del pais. La confianza y el crédito, principales móviles del trabajo, no renacerian sino bajo un gobierno constituido; y hasta que lo hubiese todo vagaria en las regiones de lo desconocido.

Las tendencias del gobierno dictatorial eran

equivocas á los ojos de Paris. Observábanse en él síntomas contradictorios, y aun se creian posibles divisiones intestinas entre sus miembros. La inmensa mayoría de la nacion se adheria á los hombres de moderacion personificados en algunos nombres. La minoría terrible y turbulenta de Paris y de los clubs de los departamentos se adheria á dichos nombres. El palacio del ministerio de negocios estrangeros y el del ministerio del interior eran, se decia, los cuarteles generales de las dos opiniones, que no tardarian en combatirse con las armas en la mano. Esta idea estaba de tal manera difundida en el pueblo, que muchos centenares de ciudadanos armados de los arrabales y del interior de Paris venian algunas veces sin escitacion de nadie, y sin que Lamartine tuviese siquiera conocimiento de ello, á pasar la noche bajo las puertas cocheras y en las aceras de las calles inmediatas á su habitacion, para preservarle de una sorpresa y de un raptó. El ministerio de lo interior tenia por su parte, segun se decia, sus protectores y su fuerza; los miembros del club de Barbés, los discípulos de Luis Blanc y de Albert, y los gefes de una especie de reunion llamada el club de los clubs, que centralizaba la agitacion democrática, se reunian allí. Estos hombres instruian al ministro de lo interior de los movimientos que se preparaban en las regiones subterráneas de Paris, y entablaban negociaciones entre todas los partidos para adquirir sobre ellos y aun sobre el mismo gobierno una influencia dominante. Esta influencia la empleaban generalmente en la pacificacion del pueblo, pero hablaban en su nombre, y hacian valer su autoridad moral mas

de lo justo y verdadero. Los miembros del club de los clubs vinieron dos ó tres veces en diputacion al ministerio de negocios estrangeros. Lamartine les habló con franqueza, y los escitó á confiar en la asamblea nacional, diciéndoles clara y resueltamente que no escucharía ninguna proposicion para prolongar la dictadura; que se habia sacrificado el 24 de Febrero por salvar á su pais de la anarquía y para hacer de la república un gobierno regular para la Francia; pero que una vez depositada la soberania del pueblo en la asamblea nacional, ninguna seducion ni violencia podrian hacer de él un gobierno insurreccional. Estos hombres parecian llenos de ardor, pero de buena intencion.

Algunos desórdenes de poca gravedad, pero que podian degenerar en escándalos y en colisiones, afligian al principio de la primavera á los ciudadanos pacíficos de Paris. La causa de estos desórdenes era la ociosidad de los obreros, y el pretesto regocijos cívicos y la plantacion de árboles de la libertad en todas las plazas y delante de todos los monumentos públicos de Paris. Bandas de vagabundos y de niños iban á comprar álamos nuevos en las aldeas cercanas, traíanlos sobre sus espaldas, los plantaban arbitrariamente en tal ó cual plaza, y lanzando gritos y clamores, importunaban á veces al clero para que bendijese su árbol, y sacaban á las casas inmediatas, pequeñas y voluntarias, pero odiosas contribuciones, para regar con vino las raices. El ministro de la guerra, Mr. Arago, hizo defender á mano armada contra estos grupos la entrada del patio del ministerio de marina, que querian invadir. Caussidiere no se

atrevia á escarmentarlos, por temor de aumentar el tumulto queriendo rechazarlo. Estas demostraciones degeneraron hasta el 16 de Abril en una especie de mendicidad alarmante que no podía ya tolerarse. Pero la fuerza represiva no era aun suficiente para comprometerla imprudentemente contra estas sediciones de la alegría y de la indignancia de un pueblo sin pan.

IX.

Algunos otros síntomas de sedición mas alarmantes contristaron dos ó tres veces al gobierno.

Con motivo de una derrota sufrida por el Austria, los refugiados alemanes escitaron á reunirse á una columna del pueblo para ir á insultar al embajador de esta potencia. Informado Lamartine de ello, y no teniendo ninguna fuerza represiva á mano, se confió á la única fuerza de la influencia de la razón sobre el pueblo. Salió, pues, solo, y esperó dos horas la reunion sediciosa de centinela delante de la puerta del embajador, durante cuyo tiempo, algunos agentes hábiles y persuasivos enviados por él decidieron á los gefes de la sedición á renunciar al vergonzoso atentado contra el derecho de gentes que meditaban. En su consecuencia tomaron otro camino, y se dirigieron al campo de Marte, y de allí al ministerio de lo interior. El ministro les arengó con elocuencia y firmeza, tendiendo sobre todo en su discurso á rehabilitar al ejército en el ánimo del pueblo de Paris, y á preparar su regreso á la capital.

Este regreso, esperado con mucha prudencia y paciencia, era el principal pensamiento de

Mr. Arago y de la mayoría del gobierno; pero no se podía motivarle mas que en el deseo de la misma guardia nacional. La entrada prematura del gobierno antes de que se hubiese estinguido la susceptibilidad del pueblo contra él, hubiera sido la señal de un choque inevitable, del que habria salido una nueva guerra civil. Empezaba á desearse vivamente el regreso del ejército, y solo el partido socialista y demagógico esparcía la alarma y preparaba la sedición á cada anuncio de este acontecimiento.

X.

Cuanto mas se aproximaban las elecciones, fijadas desde luego para principios de Abril, tanto mas se conmovian y amenazaban á Paris los partidos que temian ser despojados de la dictadura. Los clubs, aunque influidos por las inteligencias de Lamartine con sus principales inspiradores, se sublevaban contra sus mismos gefes al oír el nombre de la asamblea nacional soberana que venia á cerrar la boca de todos estos volcanes. Mociones violentas; sediciones anticipadas; protestas de permanecer armados para vigilar á la representación y forzarla en caso necesario; juramentos exigidos á los candidatos para oficiales de la guardia nacional de proceder contra la misma representación si desaprobaba ó hacia traicion á la república, demostraban evidentemente la repugnancia de la revolucion á reconocer otra soberanía que la de Paris. Parecia indudable que Paris no cederia sin choque el poder absoluto y dictatorial de que lo habia investido la revolucion.

En el seno mismo del gobierno estaban encontrados los pareceres, no sobre el derecho de evocar la soberanía definitiva de la nación, sino sobre el término que debía fijarse para la reunión de la asamblea en París. La mayoría quería abreviar todo lo posible el día de las elecciones; la minoría parecía vacilar en fijarle. Las peticiones de los obreros y de los delegados del Luxemburgo no cesaban de reclamar, bajo diferentes pretextos, el aplazamiento de las elecciones. Tan pronto no estaban preparados para el ejercicio nuevo para ellos de los derechos de ciudadano, como no tenían el tiempo necesario para discutir su candidatura, como su falta de práctica del derecho electoral exigía una experiencia en sus reuniones preparatorias. Estos pretextos, tan fútiles como diversos, descubrieron los verdaderos motivos de aquella resistencia, oculta bajo sofismas de aplazamiento.

Por otra parte, el ministro de lo interior esperaba informes detallados de sus comisarios en los departamentos, para que se adoptase una resolución definitiva en el consejo de gobierno. Estos informes no llegaban sino uno á uno, y algunos de los comisarios demostraban una gran alarma en ellos; llamaban reacción contra la república la menor libertad de opinión manifestada en sus provincias y las demostraciones de independencia ó descontento, con frecuencia muy legítimo, contra la omnipotencia de su administración. Los hombres que en París aspiraban á prolongar indefinidamente la dictadura, se apoyaban en estos informes para provocar la sospecha de traidores contra los que querían restituir á la nación un poder afortunado y suave hasta

allí, pero que, perpetuándose, podía convertirse en tiranía ó anarquía. Ambas partes sospechaban unos de otros.

Los partidarios del aplazamiento de las elecciones acusaban á sus adversarios de conspirar con intentos de restauración, y preparar el camino mas corto al restablecimiento de las cosas y de los hombres de las antiguas monarquías. Los partidarios de la elección inmediata veían en los hombres del partido contrario ambiciosos y advenedizos de la libertad, frenéticos por continuar dueños de un poder inesperado que la fortuna había puesto en sus manos, y dispuestos á declararse los únicos tutores de la república, á fin de dominar y quizá desgarrar á la patria en su nombre.

En fin, los gefes de las sectas socialistas y los tribunos de la clase industrial temblaban de ver derribadas sus tribunas y destruido su imperio por el advenimiento de los representantes de las provincias á París. Esta prevención comun contra la instalacion del poder nacional parecía aproximar á los socialistas y convencionales, dos partidos que debían unirse mas tarde, pero que en aquel momento se aborrecían.

Hasta las deliberaciones del gobierno se resentían de la influencia de estos partidos esteriore, cuyo diverso espíritu se quería hacer penetrar en ellas. Estas deliberaciones se hacían cada vez mas raras, recelosas, cortas, y con frecuencia irritadas. La mayoría estaba decidida á hacer de esta cuestión el testo de la unión ó de la división del gobierno. Fijóse al fin el día en que debía adoptarse una resolución definitiva. La sesión fué larga, pero no agitada.

Mr. Ledru-Rollin leyó un extracto de los informes de sus comisarios, y demostró hasta la evidencia, por las fechas y la naturaleza de las operaciones preparatorias que habia que verificar, que se necesitaban siete ú ocho dias mas del plazo fijado por el gobierno para su ejecucion material. Por unanimidad se convino en que, en interes de la asamblea nacional, era menester esperar á que la guardia nacional de Paris estuviese organizada, equipada y armada, para que esta fuerza cívica pudiese rodear á la representacion de la Francia de seguridad y respeto. Se necesitaba un cierto número de dias para que la guardia nacional reformada estuviese sobre las armas; y en su consecuencia se fijaron las elecciones generales para el 27 de Abril, y la apertura de la asamblea nacional para el 4 de Mayo.

Esta resolucion, adoptada con lealtad y de comun acuerdo dispó muchas dudas en los ánimos, prevenidos unos contra otros, y calmó muchas irritaciones interiores que agitaban los corazones. La mayoría del gobierno vió que la minoría se confundía con ella, entregándose al pais con menos confianza quizá, pero con la misma sinceridad. Desde este día los hombres que empezaban á desviarse unos de otros, se aproximaron y unieron de nuevo. La mayoría habia obtenido lo que queria, pues que todos los partidos habian abjurado lealmente á la dictadura.

Algunas contrariedades se notaron aún, sin embargo, en las palabras y en los actos de las elecciones. Con motivo de una circular del ministro de lo interior, hubo algunas fisidencias;

pero, estando de acuerdo sobre su espíritu, se acabó por transigir sobre los términos. Una medida mas revolucionaria se reclamaba con mucha instancia por los delegados del Luxemburgo y de los clubs de los obreros industriales de Paris. Esta medida consistia en conceder á estas reuniones, permiso para enviar á cada departamento dos ó tres emisarios elegidos por ellos entre las diferentes categorías de los obreros de la capital, y cuya mision deberia pagarse á título de socorro de la república por los fondos del ministerio de lo interior, socorros que ascenderian á la suma de ciento ó ciento veinte mil francos. Mr. Ledru-Rollin se negaba á contraer la responsabilidad del empleo de una suma tan considerable, á menos de no ser autorizado el consejo por un acuerdo formal. El consejo autorizó la medida y el gasto, recomendando al ministro que vigilase la eleccion de los comisarios; que no se designasen sino hombres probos, honrados, moderados, modelos de estas cualidades y no agitadores, y que limitasen su mision á propagar las sanas doctrinas republicanas y á informes sobre el ejercicio de los derechos electorales. Toda intervencion de estos agentes á nombre del gobierno en las candidaturas, aun confidencialmente, les fué prohibida. Con estas condiciones se aprobó la medida. Ella estaba justificada hasta en el ánimo de los mismos que la repugnaban, y que preveian sus inconvenientes por la necesidad de atraer los doscientos mil obreros de Paris á aceptar voluntariamente el término fijado para las elecciones. Esta era una concesion á la urgencia, un sacrificio á la concordia, pues una insurreccion de doscientos mil

obreros de París contra el primer término de las elecciones habria costado mas oro y mas sangre. Tal fué el espíritu de esta concesion, á pesar del cual no dejó de ser una falta. El ministro de negocios estrangeros lo conocia, consintiendo en ella. Algunos de estos emisarios causaron un gran escándalo en la opinion y en la moral con actos que desacreditaron y deshonraron su mision. Pero esta, aunque pedida por unos, tolerada por los demas, reconocida necesaria por todos, no tuvo otro motivo ni otro objeto, y á pesar de la mala eleccion de las personas, contribuyó poderosamente á hacer aceptar y aproximar el plazo de las elecciones.

XI.

Por esta época, previendo Lamartine agitaciones inevitables y necesidades militares despues de la reunion de la asamblea nacional, se ocupó secreta y ardentemente de organizar el ejército de una manera mas activa, de acercarlo á París y de confiar su mando á un gefe enérgico, popular y republicano. Para hacer popular al ejército era necesario que el gefe definitivo que se le diese fuese á la vez un militar agradable al soldado y un hombre político exento de sospechas de traicion contra la república.

Mr. Arago, ministro á un tiempo de guerra y de marina, podia atender á estas dos grandes administraciones, por la actividad y la estension de su talento. Su nombre habia servido hasta entonces para acallar las rivalidades que fácilmente hubieran podido suscitarse entre los oficiales generales por celos de la preferencia que

el gobierno hubiera dado á unos sobre otros. El nombre de un paisano neutralizaba el mando del ejército. Mr. Arago habia sido respetado de los militares como representacion de la ley mas bien que como ministro; su imparcial energia habia restablecido y sostenido la disciplina, y el ejército se formaba y obedecia mejor que en ninguna otra época de nuestra historia. Pero se aproximaba la reunion de la asamblea, en la que probablemente entraria Mr. Arago, y ésta necesitaria fuerza en París y sus cercanias, y un ministro que pudiese organizarla y combatir á la vez.

Lamartine no se hacia ilusiones sobre el porvenir: la historia le habia enseñado que un gobierno naciente tiene que sostener ataques por muchos años, y que la cuna de este gobierno, ora sea república, ora monarquía, tiene necesidad de ser rodeada de bayonetas. La democracia sobre todo quiere ser fuerte, y tanto mas fuerte, cuanto mas cerca se halla de la demagogia. Todos los crímenes de la anarquía provienen de la debilidad. El socialismo y el pauperismo, peligros propios para una civilizacion demasiado industrial, hacian mas evidente á todos los ojos la necesidad de armar vigorosamente á la república.

Por eso Lamartine meditaba mucho tiempo hacia tres proyectos. — El primero era organizar un ejército poderoso y distribuirlo sobre el territorio frances en tres grandes cuerpos, de tal suerte, que se sirviesen de apoyo los unos á los otros, y pudiesen sus evoluciones amplias y rápidas, no solo reprimir aquí ó allí tal ó cual revolucion, sino maniobrar en grande en toda su